

El mensajero

Ignacio Solares

ME ESPANTÉ, ESO FUE LO QUE SUCEDIÓ. Porque no es fácil hacerse a la idea de que nuestro mejor amigo muriera siendo apenas un adolescente y, después, ya muerto, nos visite en sueños noche tras noche, hasta ponernos al borde de la locura. Esa locura que nace de extrapolar un sueño, un solo sueño, del que podríamos no despertar ya nunca. Un sueño que ha invadido o desplazado la vigilia, como lo hacen en otras circunstancias la fe, la esperanza o el amor.

—La locura es como un sueño que se fija —me explicaba un doctor años después—. Digamos que en las perturbaciones mentales el sujeto se ha instalado en una persistente ensoñación en plena vigilia, mientras que la persona normal es capaz de retornar plenamente a ella cuando abre los ojos y se libera de sus dramas nocturnos.

Compartí con Fito la primaria y los dos primeros años de secundaria en el Instituto Regional, en Chihuahua. Una mañana llegamos a la escuela tímidos y encogidos los dos, como pollitos. Creo que fue la timidez y lo encogidos que éramos lo que nos identificó desde un principio y nos hizo tan amigos. Fito tenía unos ojos hundidos, como atornillados en lo más hondo de las cuencas, que miraban frío y de lejos, y era tan flaquito el pobre que la parte de adelante de su camisa parecía que se tocaba con la de atrás. Le decían *Huesitos*, *Esqueletito*, pero el apodo que de veras lo molestaba era *Tarzán*. Él suplicaba: “No me digan *Tarzán*”, pero más se lo decían. *Tarzán* para acá y *Tarzán* para allá.

Por ese motivo, en una ocasión Fito se lanzó como tromba contra Toledo, uno de los compañeros más fuertes y altos de nuestra clase, con copete de montaña y una ceja siempre levantada a lo Elvis Presley. Enseguida se hizo la bolita de curiosos, como siempre que había una pelea, y no faltó el

que gritó: “¡Déjenlos solos!”, aunque resultara a todas luces disparate y absurdo el encuentro. “¡Vengan a ver, córranle, el *Esqueletito* sacó las uñas!”, gritaban los compañeros, entre carcajadas. “¡A *Tarzán* le está saliendo el hombre mono que lleva dentro! ¡Dale duro *Huesitos*, no te dejes!”

En realidad la pelea duró un segundo y terminó con un ojo de Fito entrecerrado dentro de una redondela violácea. El párpado, caído, parecía medio chamuscado. Tenía en la camisa manchas de sangre y el pelo apelmazado por el sudor y el polvo.

—¿Quieres más, *Tarzán*, eh? —le preguntó Toledo con su petulante ceja levantada y todavía los puños en alto, retadores. Ni siquiera se había despeinado y sólo resoplaba, con las aletas de la nariz muy dilatadas.

Al oírlo, y azuzado por las carcajadas, yo también me lancé contra Toledo. Corrí la misma suerte, o peor, porque a mí no sólo me cerró un ojo sino que me aflojó un diente.

Como dentro de una nube, recuerdo que uno de los profesores nos separó a jalones y nos llevó a los tres a la oficina del rector, el padre Rojas, quien tenía fama de intransigente con los “buscapleitos”. Nos suspendieron una semana y mi mamá puso el grito en el cielo y durante todos esos días no me dejó salir ni a la esquina. Pero lo importante fue el nexo, ya indisoluble, que creé con Fito. Esa especie de mimetismo del juego amistoso en que aun las oposiciones más abiertas giran dentro de algo común que las enlaza y las sitúa. Nos empezamos a contar nuestros más íntimos secretos, el inicio de las fantasías sexuales y la culpígena masturbación, el primer cigarrillo, la primera copa, los libros que marcaron nuestro supuesto despertar espiritual, las dudas religiosas, los sueños.

Ah, los sueños. Me contó uno que hoy me parece consustancial con lo que nos sucedió después:

—Sueño que vuelo. Recojo las piernas y apenas con un leve movimiento de la cintura me pongo a volar a un metro o a metro y medio del suelo. Vuelo por las calles de mi colonia, subiendo a veces un poco más, por encima de las copas de los árboles, o de plano a ras del suelo, con la sensación de estar despierto. Es lo que más me gusta: sueño que vuelo despierto. ¿Te imaginas ver el mundo desde lo alto y con la clara sensación de tener los ojos abiertos? Y por eso cuando me despierto es de veras como caer de sopetón al suelo.

Era tan flaco que, pensé, de veras un día se iba a volver de puro aire.

También, Fito hacía cosas tan raras como tirarse de panza (él, que casi la tenía pegada a la espalda) en pleno verano en el jardín de su casa, dizque para sentir los latidos de la tierra, que en Chihuahua en esa época es aún más seca y dura.

—Así, sin camisa, siento la tierra debajo de mí, caliente, con su olor a verano, tan distinto de otras veces. Pienso en muchas cosas, pero sobre todo en cómo palpita la tierra, removiéndose siempre por todos lados aunque sólo durante los terremotos lo notemos. Como las venas en mis piernas, que apenas se distinguen en la piel, pero también están llenas de latidos misteriosos. A veces he sentido tanta emoción de estar así que me pongo a rezar, como si las palabras de la oración se pudieran ir adentro de la tierra.

Y ese pálpito que sentía en sus piernas, tan ligado al de la tierra, se apagó un día de repente. Entonces nos enteramos de que no sólo su cuerpo era frágil, sino también su corazón.

Lo velamos en una funeraria de Chihuahua. ¿Cómo olvidar aquella larga vigilia de toda la noche en penumbra, apenas

alterada por unas lamparitas cuyas pantallas apergaminadas, más que darle curso, ponían trabas a la difusión de la luz, junto a un amigo tan querido que aún estaba ahí, en la caja, y a la vez ya no estaba en el mundo? El olor espeso de las flores mortuorias y el de la cera que se derretía chisporroteante. El vasto silencio de la madrugada, roto por el suspiro ahogado de alguien que se duerme, despierta y recuerda que Fito se nos murió.

Nuestros compañeros de clase desfilaron, uno por uno, frente a la caja, algunos incluso hicieron guardias durante un buen rato, conturbados y envueltos en el aire sombrío de la culpa por lo mal que se portaron con Fito. Toledo se mostraba especialmente acongojado.

La madre tenía un ataque de llanto cada vez que se asomaba a la ventanita de la caja. El padre trataba de impedírselo, pero ella insistía, y volvía a llorar a mares, entre pucheros que parecían a punto de ahogarla. Gritaba:

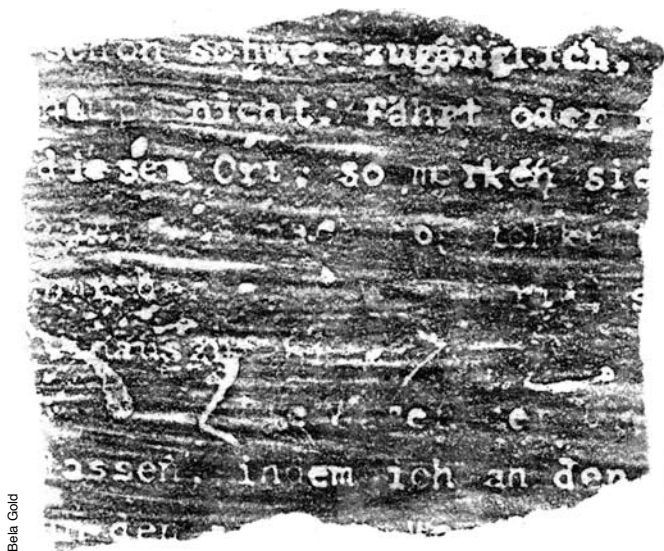
—¡Pobrecito! ¡Cómo se nos fue, cómo se nos fue! ¿Qué mal hizo para que Dios se lo llevara tan pronto? Tan chiquito, tan buen hijo, tan dulce, tan estudioso. ¡Pobrecito!

En una de esas ocasiones, me acerqué a tratar de consolar a la madre. No lo hubiera hecho. Se me abrazó con una fuerza innecesaria y lloró aún más fuerte. Logré contagiarme y yo también me puse a hacer pucheros. No quería mirar por la ventanita de la caja, pero ella me obligó:

—¡Míralo, míralo, es tu amigo al que tanto quisiste!

Mis ojos no pudieron hurtarse a la contemplación de aquel rostro tan querido, aún más pálido y delgado de lo que fue en vida, tan afilado que parecía la caricatura de sí mismo. Mil recuerdos gratos y dolorosos empezaron a girar en mi memoria, dando tumbos, atropellándose y combatiéndose los unos a los otros. Y cuando mi conciencia trastabilló con una angustia insoportable, sentí que una mezcla de grito y sollozo ascendía desde mi corazón a la garganta. Pero sofoqué el grito enseguida, mordiéndome los labios, seguro de que si yo también gritaba no haría sino complicar más las cosas para la madre, a quien me limité a atraer hacia mí, alejándola poco a poco de la caja, del montón de recuerdos insoportables.

Pero quedé seriamente afectado por la muerte de mi amigo y empecé a soñar con él. Soñaba que se moría frente a mí una y otra vez. No de golpe, de un ataque al corazón, como se murió realmente, sino de una extraña enfermedad que lo consumía poco a poco. En efecto, se volvía casi de puro aire. Su cara terrosa y sin sol, sin sangre, el agua celeste de los ojos, los labios despellejados por la fiebre, la voz, la súplica reducida al mínimo murmullo. ¿Súplica de qué?, ¿qué intentaba decirme?



Bela Gold

A veces, peor, no sólo soñaba con él, sino que lo sabía a mi lado. Me escondía el libro que necesitaba en ese momento para mis estudios, me derramaba las hojas de un fólter, hacía rodar un lápiz a donde no podía alcanzarlo, movía los sillones para estorbarme el paso, me atrapaba los bolsillos en las agarraderas de los muebles con el claro propósito de desgarrarlos, hacía que la portezuela de los autos me prensaran los dedos, me abría de golpe los botones de la camisa al yo exponer una clase ante mis compañeros, desfondaba la cafetera en el momento de servirme el café, ponía una mecedora a balancearse sola durante horas...

Los primeros meses más o menos soporté que Fito anduviera tras de mí a todas horas, día y noche, despierto o dormido, pero pronto empecé a desesperarme. Se me alteraron los nervios, me llevaron con diferentes médicos y psicólogos y me recetaron pastillas para dormir. Aun así, me despertaba a lo largo de la noche con un gemido ronco, una sacudida convulsa de las piernas y las manos, un rechazo de todo el cuerpo a algo horrible que arrastraba desde el fondo del sueño, como un enorme trozo de materia pegajosa e insoportable.

—Tranquilo, tranquilo, ya va a pasar —me decía mi mamá, quien estuvo a mi lado todas aquellas noches angustiosas. Me arropaba, me destapaba, me cambiaba las pijamas porque las dejaba hechas una sopa, me daba otra pastilla, me subía un vaso de leche tibia, me hundía sus dedos suaves en el pelo, lloraba con un llanto ahogado, yo la oía.

Yo trataba de volverme a dormir, ovillado, tembloroso, apretando los puños. Me cubría la cara con la almohada y repetía interiormente: “Ya déjame en paz, Fito. ¿Qué te hice para que me atormentes así? Suéltame, no te agarres a mí, vete a donde tienes que irte. No puedes vivir pegado a mí. Me estás ahogando, me estás consumiendo, me estás llevando a tu lado, ¿para qué?”

Pero era por demás, regresaba en el siguiente sueño, lo tenía junto en el día al hacer saltar de mi mano el lápiz con el que iba a escribir.

Un sacerdote amigo de la familia propuso hacerme un exorcismo, pero mi padre se negó rotundamente y prefirió internarme durante una temporada en un hospital psiquiátrico que en aquella época, en Chihuahua, era de lo más primitivo. Mi madre me iba a visitar todas las tardes. Me dieron electroshocks, me mantenían sonámbulo todo el día con pastillas e inyecciones. Lo que no pudieron evitar es que Fito regresara por las noches, en sueños.

Hoy creo entender que me acerqué a la locura sin estar loco, o realmente loco. Fui el mirón al borde del acuario don-

de el pulpo hace y deshace soñoliento sus burbujas de pesadilla. Vi aflorar a mi lado algunos raros testimonios de esa otra realidad, tan contigua y lejana a la vez. Apenas una ráfaga lejana, la puerta que se entorna para dejar pasar un hilo de luz turbia, una mirada perdida o un dedo que no deja de temblar. Entendí que lo que pierde a ciertos locos es la forma insoportable que para la sociedad asume su conducta exterior: los tics, las manías, la degradación física, la perturbación oral o motora, facilitan la colocación de la etiqueta y la separación profiláctica. Tú allá, en la luna para soñar, nosotros aquí en la tierra para dominarla y explotarla.

Y de ahí de la luna fue de donde literalmente vi bajar a Fito una noche en que me desperté de golpe y vi su rostro agónico —su cara terrosa y sin sol, sin sangre, el agua celeste de los ojos, los labios despellejados por la fiebre, la voz, la súplica reducida al mínimo murmullo, ¿súplica de qué?—, a través del vidrio de la ventana. Quizá porque desperté tan de golpe, en lugar de asustarme me puse de pie de un brinco y fui a abrir la ventana. Entonces tuve a Fito frente a mí, levitando, sonriente, con unos nuevos ojos luminosos, y me dijo:

—Mira, ahora de veras puedo volar sin necesidad de soñarlo y caer de sopetón en la realidad al abrir los ojos.

Me sentí tan atraído por él que tuve un deseo casi incontrolable de lanzarme por la ventana y volar yo también. Pero algo me detuvo, quizás el hecho de que, en verdad, yo nunca estuve totalmente loco. Aunque muchos —entre ellos mi padre— lo siguen creyendo y a quienes les cuento lo sucedido aquella noche sonríen por lo bajo o, los he visto, al referirse a mí se llevan un índice a la sien y lo hacen girar, como quien atornilla y desatornilla. Pero es cierto. Fito me dijo:

—Uff, qué lata contigo porque tu miedo lo ha deformado todo. Desde ponerme una cara que aquí ya no tengo hasta aterrarte por el simple hecho de saberme a tu lado. Yo sólo quería ayudarte a ver mejor las cosas de este otro lado para que vieras mejor las de aquel otro lado.

Se esfumó y no regresó. Yo ahora estoy más tranquilo, es cierto, pero paso por largos periodos de melancolía en que no puedo ni levantarme de la cama por tratar de dormir y dormir, con la esperanza de volver a soñar con Fito para que termine de darme el mensaje que me permita entender mejor las cosas de este otro lado. •

IGNACIO SOLARES es director de la *Revista de la Universidad de México*. Novelista, dramaturgo y ensayista, fue becario de la Fundación Guggenheim. Su más reciente libro, *No hay tal lugar*, fue galardonado con el Premio Mazatlán de Literatura 2004.